

## STUART

El ascensor sube.

Piso uno. Piso dos. Piso tres. Sin ninguna prisa, como disfrutando al máximo del segundo que pasa entre planta y planta.

Respiro. Con tranquilidad al principio, y luego con más celeridad. No deseo perder los nervios, pero tampoco es bueno que esté completamente relajado. Debo llegar a un término intermedio.

Piso cuatro. Piso cinco. Piso seis. ¿Por qué demonios tienen que vivir tan alto? Jamás lo entenderé. No creo que exista nada más sano que vivir en la planta baja, a ras del suelo, sin subir escaleras ni tener que esperar como un idiota en los ascensores.

Consulto el reloj digital. Las veintiuna cuarenta y nueve exactamente. Espero no tardar más de diez minutos, pero sé por experiencia que es imposible prever la duración de una misión. No hay ser humano que haya terminado jamás cuando lo había planeado. Es algo superior a él.

Piso siete. Piso ocho. Piso nueve. Oigo una música hermosa, que suena a través de los altavoces de la cabina, envolviendo mi mente y haciéndome recordar mi querida Irlanda. Lo cierto es que la sinfonía que estoy escuchando y las que bailaba en mi pueblo no se parecen en nada, pero me evoca a una época en la que la música significaba todo para mí, a una época en mi país de origen en que vivía sin preocupaciones. Sin pesadillas.

Piso diez. Piso once. Piso doce. Me palpo todos los bolsillos de mi gabardina negra y de mi pantalón, chequeando que no me haya olvidado de nada importante en el último momento. La pistola Veretta de 9 mm con silenciador en la funda, debajo del brazo izquierdo. La navaja con ganzúa incorporada en el bolsillo delantero derecho de mi pantalón. El teléfono móvil con batería y saldo de sobra en el izquierdo. El pequeño álbum de fotografías en el bolsillo exterior izquierdo del abrigo. Los guantes en el bolsillo exterior derecho. Bien. Para este trabajo no necesito mucho más. Creo que puedo arreglármelas con esas pocas cosas.

Piso trece. Piso catorce. Piso quince. Me pongo a pensar en lo que voy a hacer esa noche. Hay mucha gente que dice dedicarse a esto por justicia, otros alegan que es por diversión, y algunos le echan la culpa a traumas de la infancia. Gilipolleces, pienso yo. El dinero es lo único que mueve este empleo. La indecente masa de dinero que se gana con cada trabajo. Eso es lo que hace apretar el maldito gatillo. Lo demás son tonterías.

Piso dieciséis. Piso diecisiete. Piso dieciocho. Me doy la vuelta lentamente y me contemplo en el espejo que hay en la pared del elevador. Me veo serio, decidido e inflexible. Al principio siempre estaba asustado. Acojonado por completo, como un chiquillo al entrar en un sótano sin luz en una gélida noche de tormenta. Estuve por lo menos ocho meses poniendo aquella cara de cordero aterrorizado en cada misión, hasta que el hábito me volvió el rostro

como la roca. Insensible a la muerte y no digamos al llanto, con la serenidad invadiéndolo cada segundo que pasaba cumpliendo con mis órdenes. Hay días en los que mi rostro me llena de temor.

Piso diecinueve. Ya falta poco. Flexiono los dedos de la mano derecha, la que más voy a usar. Soy ambidiestro, pero no hay ninguna necesidad de usar la izquierda. Ésa la reservo para darles placer a las señoritas en las que me voy a gastar mi salario hasta que vuelvan a llamarme para otra misión.

Piso veinte. El momento está a la vuelta de la esquina. No dudo. No me echo atrás. Pienso que habría estado mejor entrar a saco por la ventana, o haber cogido al objetivo en un lúgubre callejón, para que pareciese un simple atraco. Pero las instrucciones de mi cliente son explícitas y, por supuesto, inamovibles. Debe hacerse de ese modo, simplemente porque está intrigado por saber las reacciones que se puedan producir. Y a decir verdad, yo también.

Cierro los ojos. Bajo un poco la cabeza. He fumado un cigarrillo antes de entrar en el edificio, y el olor de la nicotina sigue adherido a mis ropas. Mantengo la serenidad. Sé que en cuanto abra los ojos la espera habrá finalizado, y ya sí que será imposible arrepentirse. Estoy listo.

Piso veintiuno.

Las puertas de metal se abren rápidamente con un zumbido. Salgo del ascensor y miro a mi alrededor. Contemplo las cuatro modernas puertas de doble capa de acero pintadas de verde que hay en ese piso, cada una con una letra encima, de la A a la D, respectivamente; y desde luego cada una con un aro de muérdago con un calcetín minúsculo colgado en el centro lleno de bastoncillos de caramelo.

Me aproximo a la que tiene la letra C encima. Miro el felpudo, que reza con letras moradas “Qué suelas tan bonitas y limpias” y sonrío. Hace mucho que no me río en serio. La risa es algo que me ha abandonado.

Pego con suavidad la oreja a la puerta. Se oye música al otro lado. Parecen villancicos. Saco del bolsillo exterior derecho de mi gabardina los guantes negros, y me los pongo. Compruebo que dispongo de total movilidad metacarpiana con ellos puestos, y saco del bolsillo delantero derecho de mi pantalón la navaja multiusos. Deslizo fuera la ganzúa, una llave plana con todo tipo de agujeros a lo largo y lo ancho. La introduzco en la ranura de la cerradura, escuchando como el artilugio se adapta al tipo de llave que tiene esa puerta. La giro lentamente hacia la derecha, procurando hacer el menor ruido posible. La cerradura se abre con un chasquido. Abro la puerta con cuidado, atento a cualquier cosa que pueda salirme al paso. Con la agilidad de una anguila, atravieso la puerta y la cierro tras de mí, de nuevo sin generar ningún sonido superior a un susurro.

No necesito encender la luz ya que hay suficiente proveniente del comedor, de donde también sale la música navideña y de donde suenan risas. El comedor se encuentra detrás de una puerta doble justo enfrente de la entrada, una puerta con dos grandes cristales en cada una de las hojas cubiertos por unas hermosas cortinas tejidas a mano

de vivos colores. A mi izquierda hay un armario empotrado y un pasillo que debe conducir al resto de la casa, y a mi izquierda un pequeño mueble marrón donde deben guardar guantes, gorros y bufandas, un paraguero de latón y un perchero de pared con tres abrigos colgados.

Los propietarios de las voces no me han oído. Mejor. Esperaba que nada más entrar en aquella vivienda, se pusiesen a gritar y a llamar a todas las fuerzas de la ley. En cambio, me encuentro con unos inquilinos completamente a mi merced.

Sin moverme del sitio, me guardo la gonzúa de nuevo en el bolsillo delantero derecho del pantalón y desenfundo con cuidado la pistola, le saco el cargador para comprobar que tiene balas, la amartillo tapándola con un pliegue de mi abrigo para que no resuene, y la aprieto en mi mano derecha.

Escucho como una voz masculina le dice a otra persona que la quiere mucho, y a continuación se oye el empalagoso sonido de otro beso. Otra voz, esta vez femenina, le contesta que ella también le quiere, durante todos los días de su vida, de la de él y de la de ella. Siento que mi semblante se ablanda un poco, y no lo permito.

Respiro profundamente. Esta vez no cierro los ojos. Mi corazón palpita con mucha velocidad, pero la pistola no tiembla en mi mano, mis dientes no castañetean, y mis rodillas se mantienen rígidas como una estatua. Tampoco sudo, ni siento ningún nudo en el estómago, ni necesidad de ir al lavabo, ni ninguna otra tontería.

Contemplo el reloj otra vez. Comienzan en ese preciso segundo las veintiuna cincuenta. No espero más. Es necesario comenzar cuando se ha establecido.

Agarro con mi mano izquierda el pomo de la puerta doble que da acceso al comedor. Acciono el picaporte y abro la puerta al tiempo que entro con paso lento.

Ya sí que no puedo retroceder.

Es un salón amplio.

En la parte derecha hay dos sofás anchos y dos butacas, colocados alrededor de una mesa de madera con el centro de cristal, y frente a un televisor muy caro que tiene a ambos lados estanterías llenas de libros, fotografías, películas, jarrones, ceniceros; y encima un pequeño armario que seguramente sirve de mueble bar. Toda esa zona está plagada de guirnaldas de colores, estrellas, Papás Noel sonrientes y algunas otras cosas. En un mueble que hay a la derecha del televisor, junto al teléfono inalámbrico, se encuentra una trabajada representación del portal de Belén, hecho con papel celofán y de aluminio, cartón, hierba y musgo reales, harina para la nieve y pan rallado para la arena, y un sinfín de figuritas de plástico. También hay un abeto en una esquina, decorado de forma parecida al resto del salón, con angelitos y ositos con gorros y bufandas colgando de sus ramas de plástico.

En la parte izquierda se encuentra una larga mesa rodeada de sillas con cojines azules y altos respaldos, bajo una luminosa lámpara que cuelga del techo. Hay algunos cuadros bien pintados colgados de las paredes, y una alacena al fondo con multitud de platos y cristalería. La mesa tiene encima un mantel de tela amarilla en la mitad más alejada de mí, con tres platos sobre él, tres vasos, cinco cubiertos, y numerosos manjares de Navidad, entre ellos langostinos, angulas, patatas cocidas y pavo asado –todo ello desprendiendo un aroma que casi me hace perder la cabeza–; además del imprescindible par de botellas de sidra asturiana, según dice la etiqueta, y un cuenco con papilla de cereales y fruta triturados.

Y, finalmente, alrededor de esa mesa, hay tres personas, que me miran como si nunca hubiesen visto a nadie más. Un hombre de unos treinta y muchos años, sentado en la cabecera de la mesa, dominando los demás asientos. Es serio, atractivo y viste bien, con un elegante traje color añil claro, camisa blanca, gafas sin montura y una dorada alianza en el dedo anular de la mano derecha, mano que sujeta un tenedor con un trozo de carne a medio camino entre el plato y la boca.

Sé como se llama y a qué se dedica. Su nombre es Roger Berlton, director adjunto de una importante compañía de transportes de productos metalúrgicos, una empresa con la que no tuve tiempo ni ganas de familiarizarme. A su lado, al fondo del lado izquierdo de la mesa, hay una mujer de unos treinta años sentada, vestida con un suntuoso vestido rojo. Es hermosa. Muy hermosa. Tan condenadamente hermosa que estoy a punto de quedarme embobado mirándola, pero no lo hago. Aparto mi mirada de sus irresistibles ojos verdes, de su sedoso pelo color caoba, y de sus apetitosos labios decorados con lápiz de labios rosa, y miro a Berlton, que por lo que sé es su marido. Ella se llama María López. Es española. De ahí la representación en miniatura del portal de Belén, deduzco. Una bonita tradición.

El último comensal es un bebé, de aproximadamente un año o trece meses, rechoncho, colorado de mejillas y con una mata de pelo rubio que le hace unos graciosos bucles en el flequillo. Está sentado en una sillita en la esquina de la mesa, entre su madre y su padre. Tiene un babero atado al cuello, y sostiene con su mano derecha una cuchara de plástico, con la que da ruidosos golpes a su plato de papilla, con la barbilla, los rechonchos mofletes y hasta el pelo cubiertos de comida.

Berlton y María me miran. Sus caras son dignas de estudio. No les entra en la cabeza que un desconocido vestido por completo de negro y llevando una pistola aparezca de improviso en su casa como si fuese la de él, interrumpiendo la cena de Navidad. Jamás se han visto en una situación similar, y están buscando frenéticamente algún tipo de actitud que concuerde con la forma en que se debe reaccionar.

Me acerco a la mesa como si fuese un fantasma, sin hacer ruido y sin mover ninguna parte de mi cuerpo aparte de los pies y los ojos, que se mantienen inmóviles sobre Berlton. Me detengo a menos de un metro de ellos. Respiro pausadamente, nervioso, pero decidido. Estoy cumpliendo con mi misión.

Ellos comienzan a reaccionar. La sorpresa inicial deja paso a la percatación de que hay un hombre armado en su hogar, con guantes negros y cara de mal humor. Comienzan a tener miedo. María se abalanza sobre su hijo con un ágil movimiento, y se pone entre la sillita del bebé y yo. Como si pensase que a mí me interesa el condenado niño. No estoy aquí por él.

Berlton, recobrando un poco la compostura pero sin levantarse de la silla, ya que sus ojos no se apartan ni de mi pistola ni de mi rictus de seriedad, intenta hacer lo que cree que debe hacer, y eso es indignarse y gritar al extraño.

—¿Quién diablos es usted? ¿Y qué hace en mi casa?

Me río para mis adentros. Esas dos, junto con “¿Cómo ha entrado?” y “¿Qué es lo que quiere?” son las únicas preguntas que un allanado es capaz de proferir, y las únicas que jamás reciben respuesta. Pero los hombres no se cansarán de repetirlas. Creen que siempre es mejor saber el porqué de todas las acciones crueles. Cuando serían mucho más felices si las ignorasen por completo.

María, con la firme decisión de no dejar que me fije ni un segundo en su hijo, murmura con voz trémula:

—¿Qué es lo que quiere?

Su voz es suave como la seda, cristalina como el agua de un riachuelo, y me obliga a desviar la vista de su marido. La miro a ella con gravedad, contemplando sus rasgos hispanos, sus ojos vidriosos que temen por las vidas de su marido y su hijo, y su firme decisión de impedir cualquier mal que les pueda acontecer. Empiezo a arrepentirme de lo voy a hacer. Maldigo repetidamente mi avaricia, porque basta con echarle una mirada a aquella mujer para darse cuenta de que ni en un millón de años merecería saber lo que estoy a punto de mostrarle.

Pero me recompongo. Recuerdo lo que he venido a hacer, y que el tiempo apremia, aparte de que no dispongo de todo el que desearía. Saco del bolsillo exterior izquierdo de mi abrigo la pequeña libreta de fotos que me entregó mi cliente dos días atrás. La retengo un par de segundos, sopesando la idea de no mostrar el contenido como se me ha dicho que haga, y cumplir mi misión sin que ellos sepan el porqué. Sería algo mucho más noble e inteligente, además de que la pena y la carga moral sería mucho menor.

Pero no puedo. Me repito en la mente que no me importa lo más mínimo. Se me está pagando para que el trabajo se haga de una forma específica, y si no lo cumplo puede que hasta mi vida corra peligro. Además, esa familia me trae sin cuidado por completo. No significan nada para mí, ni tiene por qué afectarme que sufran cualquiera de ellos. Bueno, quizá el niño sí. A fin de cuentas, si acepté este trabajo fue en parte por él.

Me decido. No tengo personalidad. No soy un hombre. Soy un instrumento. Y me convengo de que la verdad merece ser conocida, pues aunque duela, siempre dolerá menos que la ignorancia. O eso espero.

Sin vacilar, sin dudarle más tiempo, tiro el álbum de fotos sobre la mesa, entre el plato de pavo y las dos botellas de cava con un golpe seco. La pareja, mientras su hijo comienza a hacer pompas de baba y a centrar toda su atención en su mano, contempla la pequeña libreta con toda la atención del mundo. Pese a que nadie ha gritado todavía ni yo les he amenazado directamente –la pistola permanece impasible en mi costado–, ven el álbum como si fuese la prueba culminante del delito que han cometido, con una mezcla de incredulidad y temor. Berlton dirige su mano de forma muy lenta hacia el librito, pasándola entre las copas de alcohol y la fuente de langostinos.

–No –digo yo sin alzar un ápice el tono–. Es para ella.

María se queda paralizada. Me mira a mí, mira a su marido, como buscando algún permiso que él es incapaz de darle en ese momento. Comprende que lo que hay en aquel libro es de importancia trascendental, pues de otro modo yo no estaría allí, con un arma. Sabe que tiene que mirar en ese álbum, pero tiene miedo de lo que pueda encontrar. Tiembla sin parar, un frío sudor le recorre la frente, y puedo ver como el vello de su cuerpo y de su nuca están punzantes como alfileres. Está literalmente muerta de miedo.

Pero mi expresión la hace recomponerse y, mientras su marido retira la mano y la mira en silencio, y su hijo cambia la mano por el pie, María coge la libreta, la acerca a su cara, mira la cubierta marrón que dice “Las fotos de tu vida”, y lo abre.

Ya no hay vuelta atrás. El infierno se ha abierto para ella. Y yo he tenido la culpa.

La primera foto con la que se encuentra le quita todo el aliento que podía haber guardado en sus pulmones. La aparta de sus ojos al momento, con el pánico y la confusión por lo que acaba de ver grabados en el rostro. Pero mi expresión de seriedad le dice claramente que tiene que seguir mirando.

Devuelve la mirada hacia la libreta que tiembla en sus manos, tanto como su labio inferior. Lo que está viendo en esa primera foto –y el álbum tiene más de veinte– le está conmocionando por completo. Está contemplando algo que jamás en su vida había imaginado llegar a ver, algo que le está destrozando todos sus conocimientos, todas sus creencias y todos sus sentimientos. Me insulto de nuevo, pero ya es tarde.

He visto las fotos una docena de veces, al principio con asombro, luego con aceptación de la realidad. Son todas iguales, tomadas por una cámara pequeña escondida en un encendedor, en un cuarto no más grande que el salón en el que nos encontramos. En todas ellas aparece esa misma habitación, forrada de color rojo, con una cama de sábanas negras como el carbón en una esquina, iluminada por una lámpara de araña que cuelga del techo. Pero a ella no le importa nada de eso. No se ha fijado. Lo único que ocupa su atención son las personas que aparecen en la

foto. Son dos, enfocados con suma claridad y colorido, de modo que son fácilmente reconocibles. Una de esas personas es Berlton, que se encuentra de pie, erguido, con las manos en su zona lumbar y los ojos mirando al techo. La otra persona está arrodillada delante de él, con la cabeza a la altura de su cintura, y las manos atadas. Ambos están desnudos.

María siente náuseas. Le tiemblan los párpados, pues desean ser cerrados. Pero no puede.

Esa segunda persona es un niño. Un niño de once años.

Miro de nuevo a Berlton. El muy cabrón sabe perfectamente lo que hay en la foto, aunque no la haya visto. Sabe lo que ha hecho, pero mantiene la vista fija en su mujer, que pasa a la fotografía siguiente con las manos temblando como si estuviera sosteniendo un trozo de hielo.

La siguiente foto es similar a la primera, sólo que con una postura diferente y con otro niño, moreno con los ojos llenos de miedo, y las manos igualmente maniatadas. Berlton parece gozar como un drogado en la foto, como si estuviese disfrutando más de lo que jamás ha disfrutado con su mujer. Está prácticamente rozando el cielo, aún con plena conciencia de lo que está haciendo. María comienza a sufrir arcadas, mientras su hijo bosteza y mueve los pies con ritmo.

La tercera foto es prácticamente igual. Y la cuarta. Y la quinta. María pasa las páginas con la esperanza de encontrar alguna etiqueta que rece “Inocente”, pero eso no ocurre. En la sexta, en la séptima, en la octava, Berlton aparece con un niño diferente. Uno rubio al que no se le ve la cara, uno moreno que mira a la pared con lágrimas en los ojos, uno de pelo grisáceo y ojos verdosos que aprieta los ojos deseando que todo acabe.

María no lo soporta más, y suelta la libreta sobre la mesa, tiritando más incluso que antes, con la vista perdida y la respiración tan agitada que parece que haya corrido un kilómetro. Dirige la mirada de forma muy lenta hacia su izquierda, hacia su marido. Éste no se la devuelve, sino que tiene los ojos clavados en la mesa, tiembla como un flan y suda gotas tan grandes que reflejan la luz de la lámpara que se encuentra sobre nosotros. Las palabras de ella le salen a borbotones y de forma casi histérica:

—¿Bob?

Esa única palabra hace que él reaccione poniéndose a llorar. Es un llanto lastimoso, muy desagradable de ver, y casi le doy un puñetazo por puro desahogo. Me controlo. No estoy aquí por propio desfogue. Permanezco quieto, mientras el bebé comienza a quedarse dormido y a dar cabezadas sobre la papilla que tiene debajo del mentón. Espero pacientemente, mientras ella consigue recuperar la respiración y él consigue dejar de gemir y sentir lástima por sí mismo.

Miro a María, y ella a mí. Está desolada. Ha descubierto algo que jamás habría creído que fuese posible, y aunque todavía no se lo cree del todo, el hecho de que yo siga de pie con la mirada seria como un muerto le confirma que no se trata de una broma, ni de un sueño, ni de una horrible fantasía llevada a cabo por las maldades de la mente. Lo que ella ha visto es real, es verídico, y es algo que posiblemente haya rodeado a su marido desde antes incluso de conocerse, y que él ha mantenido a espaldas de ella durante todos sus años de noviazgo y matrimonio. Está destrozada.

Es entonces cuando, al mirar la pistola que sostengo en mi mano derecha, comprende por fin. Se da cuenta de que yo no he venido simplemente a hacerle ver las fotos y revelarle la verdad. Mi misión no es la de mensajero. Es la de castigador.

Y al parecer, Berlton también se ha dado cuenta de ese dato. Un poco tontos, me parece a mí. Mucho más lentos de lo que había esperado. Cualquiera que se encontrase en aquella situación comprendería al instante que no estoy allí para hacer una tontería como es mostrar una libreta con fotos. Berlton se percatado de que en ese momento su vida pende de un hilo, que está más cerca de la muerte de lo que jamás ha estado. Puede oler el fango de la tierra en la que estará excavada su fosa, puede sentir en su piel el frío de las paredes del depósito de cadáveres, puede oír las almas de los muertos entre los que se va a reunir muy pronto.

Pero María se niega. No puede aceptar lo que me dispongo a hacer. No puede.

—¡No! —grita desde su asiento, pues tiene miedo de que si se levanta y se enfrenta a mí la deje seca de un disparo—.  
¡No lo hagas! ¡Por favor!

Berlton parece sentir un infinito arrebato de agradecimiento hacia su mujer, quien, a pesar de lo que ha visto, no quiere que él muera. María se agita nerviosa en su asiento, eligiendo cuidadosamente las palabras intentando parecer razonable y al mismo tiempo conmoviendo mi corazón. Pierde el tiempo. Creo que hacer tiempo que mi corazón dejó de proveerme sentimientos.

—Por favor —suplica limpiándose la humedad de sus mejillas—. No merece morir. No es que esté de acuerdo con lo que ha hecho, pero no merece morir. Le quiero. Por favor, no lo mates.

Mi respiración comienza a agitarse, por la rabia. Por la furia que comienzo a sentir en mi interior. Si ella supiera, si ella fuese consciente de la verdad, como muy pronto va a serlo, de acuerdo con lo que se me ha ordenado que ocurra, todo sería diferente. Me odio a mí mismo, más de lo que odio a Berlton incluso. Soy el ser más deplorable que pueda haber existido, y empeoro por momentos. Soy aún peor que el hombre sentado en la silla y que alza las manos temeroso para hacerme ver que no tiene nada con lo que defenderse, peor que el hombre que aparece reflejado en las fotos, ajeno a toda piedad y a todo sentimiento ético y bondadoso.

Es entonces cuando pongo mis ojos en el bebé, ya definitivamente dormido. Es muy hermoso, con sus mejillas sonrosadas y sus bucles rubios en el pelo. Tiene toda la pinta de convertirse en un apuesto joven cuando pasen los tiempos. Y lo que de ninguna forma merece es un padre como el que tiene.

Me vuelvo a decidir. Debo hacer lo que se me manda. Le echo un último vistazo a Berlton y vuelvo a hablar, sin cambiar mi tono grave e inhumano, y le digo a María:

–Mira la última.

Ella no sabe porqué debería mirar la última foto. No cree posible que haya algo más espantoso que lo que ya ha descubierto, nada que la haga sentir peor de lo que ya está. Es algo muy triste, pienso, que la gente siempre se piense que en los momentos de adversidad sea casi imposible llegar a encontrarse peor de lo que ya se encontraban. Me hace recordar un suceso que ocurrió en mi casa en Ballybunion hace por lo menos 16 años. Mi padre acababa de perder su trabajo de reparador de barcos, y mi madre estaba embarazada de su cuarto hijo a pesar de tener tuberculosis. Una situación increíblemente jodida, algunos pensarían. Por lo me-nos yo pensé que no podría ir a peor, pero por supuesto me equivocaba. Mi padre fue asesinado unos días después por unos matones, enviados por un rico empresario al que debía dinero. Fue asaltado en mitad de la noche mientras paseaba y, después de una soberana y en mi opinión innecesaria paliza, lo ahogaron en la playa. Mi madre se quedó destrozada, por lo que decidió quitarse la vida ahorcándose desde la viga de madera base del granero, la que curiosamente siempre decía que no aguantaría el peso de una persona agarrada a ella.

Dejo de pensar en esos horribles recuerdos y pienso en lo que estoy haciendo. No debo distraerme, ya que estoy perdiendo tiempo, de modo que le señalo a María con la cabeza que me obedezca y haga el condenado favor de mirar la última foto. No me parece momento de escapar de lo que se tiene que hacer. Ya habrá oportunidades en el futuro, seguro.

Clavo mis ojos en ella con una fiereza propia de los dementes mentales, y consigo que ella supere su miedo a lo que pueda ver y coja de nuevo la libreta de fotografías. Berlton no se mueve, pero sigue los movimientos de su esposa respirando con rapidez, seguramente rogando por lo bajo que lo que ella encuentre en la última fotografía no sea lo que él está temiendo.

María abre la libreta por el final, y contempla lo que yo quería que viese. Lo mira durante un segundo, dos segundos, cinco segundos. Lo que sus ojos están contemplando en aquella sencilla foto está logrando que su corazón se acelere, que su respiración se agite, su pulso tiemble y sus ojos se desorbiten.

No es capaz. No se siente con fuerzas de aceptar lo que el dibujo le está mostrando, lo que sus ojos le están contando, lo que su entendimiento le está haciendo ver.

La última fotografía del álbum es similar a todas las demás. Aparece Berlton en la misma habitación, desnudo por completo y con la cara contraída por el éxtasis placentero al que está llegando a pesar de ser plenamente consciente de que lo que está haciendo es legal, ética y moralmente imperdonable. Y con él hay un niño.

Pero lo diferente es que este niño no es como los demás que acompañaban a Berlton en las otras fotografías. Este niño es mucho más pequeño, tan pequeño e inocente que no pone cara de sufrimiento por lo que le están haciendo, sino que su rostro muestra una total serenidad. Es un niño precioso, rechoncho, rubenescos y probablemente un auténtico angelito durante sus horas de sueño. Pero eso no es en lo que se fija María. Ella sólo puede ver el pelo del niño. Su cabello dorado, bien cuidado y peinado, formándole un gracioso bucle en la frente.

El mismo pelo del niño que se encuentra sentado entre ella y su marido, profundamente dormido.

La libreta cae de sus manos y golpea en la mesa con un tronante retumbo, a pesar del mantel de lino.

Puedo ver por el rabillo del ojo que fuera, en la calle, está comenzando a nevar. Hace años que no nieva en esta ciudad, y así que tengo la impresión que mucha gente va a estar contenta, va a salir a la calle a festejar el regalo del cielo y se va a olvidar de todos y cada uno de los problemas que sus vidas padecen en esas fechas, sean cuales sean. Pero también tengo la impresión de que la vida de la familia en la que me he metido sin pedir permiso ni ser invitado nada volverá a ser lo que era. Las decisiones que se tomen esa noche van a decidir el destino de su existencia, que las cosas vuelvan a ser como eran.

Espero pacientemente. María no se mueve lo más mínimo, al igual que su marido, quien mantiene la vista fija en ella. Ambos parecen estatuas talladas con terrible maestría. Podría intentar acelerar las cosas, terminar lo que he venido a hacer en aquella casa e irme. Pero me mantengo inmóvil y serio, tan serio que pienso que después de este día me será muy difícil volver a sonreír alguna vez.

María está traumatizada. Eso es fácil de distinguir a primera vista. Llora como imagino que jamás ha llorado. Tanto que empieza a quedarse sin lágrimas y a sollozar desconsolada. Le cuesta respirar. Le cuesta comprender y aceptar lo que le está sucediendo. Tiene los ojos y las mejillas enrojecidas, las comisuras de su boca empapadas de saliva que no se molesta en limpiarse, y una abundante mucosidad que ella sorbe dentro de su nariz mientras cruza los brazos sobre su regazo, intentando contener sus propios temblores.

—María.

Aquella única palabra pronunciada por la persona a la que ella ama, la persona que ella creía conocer, consiguen despertarla del estado de *shock* en el que se encuentra y que vuelva la vista hacia Berlton. Éste parece estar destrozado, avergonzado, de sí mismo y de lo que ha hecho. También está llorando, temblando y respirando de

forma agitada. Antes pensaba yo que ese nerviosismo era por el hecho de que su muerte se encontrase justo delante de él, en forma de individuo armado con una pistola; pero tras echarle un vistazo me doy cuenta de que está desolado por la tristeza, porque se da cuenta de lo que es, del monstruo que su mujer está descubriendo en él. Y lo siente. Se arrepiente de ser como es. Sabe que es inútil disculparse, porque las fotos hablan por sí mismas, pero eso no quita a que intente pedirle perdón a su mujer con una mirada de súplica tan sincera que está a punto de ablandarme a mí.

Pero María no perdona.

Sin dejar de sollozar, aparta los ojos de su marido y, muy lentamente, estira los brazos hacia su hijo, lo coge con mucho cuidado y lo aprieta contra su pecho, apoyando la mejilla en su gracioso pelo rubio. El niño no se despierta, por fortuna. Me imagino que su madre teme que si el bebé abre los ojos y ve a su padre, de inmediato comenzará a berrear y a patallar, pidiendo por todos los medios a su alcance que lo alejen de aquel monstruo que le ha dado la vida y le ha hecho la peor de las barbaridades que se le pueden hacer a un ser humano, junto con la maldición de no poder recordarlo cuando llegue a la edad adulta.

Y entonces me doy cuenta de algo. María quiere a su hijo, lo adora. Es un ser que ha llevado pacientemente en su barriga durante nueve meses, que ha dado a luz entre horribles dolores, que ha amamantado y abrigado sin recibir a cambio otra cosa que llantos y quejidos. Siempre he pensado que eso es algo que los hombres jamás seremos capaces de entender, y mucho menos imitar. El instinto innato de una madre, la paciencia y el sacrificio al que se someten simplemente por el hecho de dar vida a algo que han hecho crecer dentro de ellas. Y desde luego es un instinto que empuja a su madre a sentir un odio profundo e inolvidable contra todo aquel que se atreva a ponerle un solo dedo encima a su hijo. Es una buena madre. Y Berlton un mal padre.

Permanecemos unos momentos en silencio, respirando María y Berlton con agitación, yo con tanta tranquilidad que temo que roce el estado vegetativo. Aunque en ningún momento he dicho cuál es mi misión en esa casa, ni quién me ha enviado, el matrimonio lo sabe con plenitud. Berlton comienza a resignarse, y no levanta la cabeza, temeroso de que yo ataque en cuanto nuestras miradas se crucen. Pero yo sólo tengo ojos para María, y aguardo a ver su reacción cuando le comunique sin palabras lo que tengo que hacer, lo que se me ha ordenado.

Finalmente, María alza la vista y la posa sobre mis ojos. Ve en ellos la gravedad de mi trabajo, la realidad que tiene que aceptar por muy dura que sea, el irrefrenable devenir de los acontecimientos que están muy cerca de llegar a su desenlace final. El peso de los sucesos de aquella noche de Navidad la ha abrumado demasiado. Descubrir quién es realmente su marido, darse cuenta del crimen que se ha acontecido contra su hijo, la han sumergido en un estado de total conmoción, donde todas las creencias en las que ha basado su amor y su respeto

por Berlton están desapareciendo como arrastradas por una corriente de cruda realidad. Aún lo ama. Lo ama con todo su corazón. No soy capaz de imaginar las cosas que habrán vivido juntos desde que se conocieron. Ella probablemente creía que era el mejor hombre que jamás había pisado la Tierra, y daba gracias todos los días por estar casada con él y haberse embarcado en la experiencia única que es tener y criar un hijo.

Pero ahora resulta que no lo conocía de verdad. Su marido es un hombre cruel y despiadado. A pesar de no saber cuánto tiempo hace que Berlton se dedica a aquellas barbaridades, ni consigue imaginárselo yendo a ese lugar cuando sale los fines de semana con sus amigos, como lleva asegurándole desde hace mucho. No puede perdonar a un ser así. Y desde luego no puede amarlo.

Lo odia. Lo odia con todas las células de su ser, y desea ver cómo le suceden las cosas más horribles que se pueden imaginar.

Veo la determinación en su mirada, lo que ha decidido. Su marido busca por todos los medios que ella se fije en él, pero ella lo ignora. Toma una gran bocanada de aire y me transmite mediante sus preciosos ojos de color esmeralda su permiso.

Su permiso.

Abraza con fuerza a su hijo, y sin fijarse una sola vez en Berlton, con las mejillas cubiertas de lágrimas, se da la vuelta y mira a la pared opuesta a él.

–Lo siento –susurra Berlton llorando tanto como su mujer.

Yo mantengo mi vista en María, sin moverme, mientras ella oye a su esposo, al hombre que ama, o que amaba, al hombre que jamás imaginó que llegaría a hacer daño pero al mismo tiempo del que nunca habría imaginado algo tan horrible. Por eso acepta la rabia que debe estar sintiendo en su interior junto con la pena y la amargura de lo que ha descubierto, y baja la cabeza, sollozando.

Dirijo mi mirada a Berlton, él me la devuelve, aceptando lo que está a punto de ocurrir con resignación pero sin ninguna valentía. Puedo sentir sus temblores, como su corazón llega a su punto máximo de aceleración y cómo sus pulmones captan los últimos sorbos de aire de este mundo.

Lo miro con los ojos inyectados en sangre, y suelto el seguro de mi pistola con el dedo pulgar.

–Lo siento –dice una última vez.

No espero más.

Alzo la pistola, apunto y aprieto el gatillo con fuerza, sin acariciarlo. El silenciador convierte el disparo en un susurro casi inaudible. En mitad del pecho de Berlton se abre un agujero del tamaño de una cereza, y una

salpicadura de sangre se extiende al momento por su camisa. Escucho el estridente sonido del esternón del hombre al quebrarse mientras éste lanza un quejido sordo y se convulsiona.

No me detengo. Aprieto el gatillo una segunda vez, y le doy en el vientre. Disparo una tercera vez, una cuarta. Berlton agita la cabeza, probablemente sintiendo cómo el dolor de su tronco se extiende por todo su cuerpo y extremidades. Un quinto disparo, en la boca del estómago. Él gime.

Y un sexto y último tiro, que le acierta en mitad del cuello. Berlton sufre espasmos sobre su silla, sacude las manos y escupe sangre proveniente de su garganta y sus pulmones. La pared justo detrás de él se ha teñido por completo de rojo, al igual que su ropa de gala, y del cañón de mi arma sale humo que se evapora al ascender hacia el techo. Sus ojos se vuelven blancos al tiempo que la vida comienza a escaparse de su cuerpo. Finalmente, el hombre conocido como Roger Abraham Berlton, tras agonizar unos últimos segundos, cae definitivamente abatido, con las manos colgantes y la cabeza apoyada sobre el respaldo de su silla de madera, los ojos cerrados tras sus gafas torcidas, y la boca petrificada en una horripilante mueca de horror ante la muerte.

María no se ha movido nada durante la ejecución, y ha apretado los ojos y la mandíbula en un vano intento de impedir que los jadeos de dolor de su esposo lleguen a sus oídos. Sus manos acarician la cabeza del bebé, todavía dormido, y su respiración comienza a tranquilizarse. Acepta lo que acaba de ocurrir, aunque no tenga el valor suficiente como para volverse y ver lo que ha decidido.

Los segundos posteriores a la muerte del hombre cruel parecen eternos. María y yo permanecemos callados, sin mirarnos, ella con los ojos cerrados, yo con la mirada perdida en las heridas del pecho de Berlton. Doy gracias por que haya fallecido tan rápido. Recuerdo casos en los que el sujeto tenía tantas ganas de vivir que tuve que gastar más de un cargador para terminar con su vida. Mi maldita manía de no disparar a la cabeza.

Es en esos momentos cuando siempre reflexiono sobre lo que hago, sobre la forma en la que me gano la vida. Llevo haciéndolo desde los quince años, pero parece que hubiese sido desde mi nacimiento. Todos los recuerdos que tengo de mi infancia son de muerte, de aceptación de que un ser querido me ha dejado y de que no tiene ninguna importancia la muerte de los demás, ni su porqué. Ya debería estar acostumbrado, pues me es imposible recordar el número de personas a las que he arrebatado la vida; pero en este caso en concreto estoy bastante anonadado.

Bajo la cabeza. Miro el arma en mis manos y siento algo de vergüenza de mi mismo. Me la guardo en la funda tras ponerle el seguro. Ya no me queda nada más por hacer en esa casa, de modo que, echando un último vistazo a María, que sigue sin reaccionar, me doy la vuelta y me dirijo hacia la entrada. Sin remordimientos, sin arrepentirme

ni nada de ese estilo. Ella ya ha comprendido cuál era mi misión, y me ha dado su aprobación. Ya nada más me vincula a ese hogar ni a esa familia.

Pero me detengo. No soy capaz de dejar las cosas así y olvidarme por completo. Nunca había hecho un trabajo como aquel. Nunca había tenido que demostrar a una persona como era realmente su ser querido, y esperar a que me diese su permiso para terminar con él. Y tampoco había habido un niño pequeño involucrado en la razón por la cual había aceptado el trabajo. Todo eso hace que no pueda desaparecer sin más.

Me vuelvo para observar a la reciente viuda. Puedo ver que intenta hacer serios esfuerzos para controlarse y dejar de llorar, incluso atreverse a ver lo que ha quedado del hombre que amaba. Pero sigue abrazada a su hijo, limpiándose las lágrimas con la manga mientras lo acaricia con la mejilla. Con toda seguridad se estará preguntando si realmente lo que ha sucedido esa noche de Navidad ha ocurrido de verdad, si algo tan horrible puede pasarle a una persona que cree tener toda la felicidad del mundo y todo en su sitio, sin desear nada más. También puedo ver que empieza a arrepentirse de lo que ha hecho, empieza a darse cuenta de la decisión tan trascendental y demoledora que ha tomado tan a la ligera, por dejarse llevar por un arrebato de venganza.

Venganza. Esa es la palabra.

—Llama a la policía —le digo con un hilo de voz.

Ella me mira confusa, asombrada de que yo todavía no haya desaparecido de su vida.

—Llama a la policía —continúo yo con las manos en los costados, mirando al bebé— y cuéntales lo siguiente. Diles que he entrado en la casa y que sin mediar palabra lo he matado.

Me encamino a paso lento hacia la mesa, ante su atenta mirada, y recojo la libreta de fotografías de la mesa. Me la guardo en el bolsillo izquierdo de la gabardina.

—No podrán culparte de nada. Seguirán mi pista. Diles que has llorado y gritado, pero que no sabes por qué lo he hecho. ¿Entendido?

María me mira perpleja. Lo que le estoy proponiendo es cruel y ruin, algo que la convierte en plena cómplice del asesinato de su marido, y con lo que vivirá el resto de su vida. Estará en su mente mientras envejezca, mientras vea como su hijo va creciendo. Es algo que la matará por dentro.

Pero asiento despacio y baja la vista. No quiere pensar, no quiere sentir. Está cansada. Cansada de decidir, cansada de saber. Veo que con el gesto de ignorancia hacia mi me esta pidiendo que me vaya, que la deje tranquila con su conciencia y su odio a sí misma. Quiere que la deje sola con el cadáver de su marido, llorando mientras intenta salir de su conmoción. Puedo imaginármela dentro de unos cuantos años, cuando el pequeño sea mayor, y pregunte a su madre qué le ocurrió a su padre, por qué murió cuando él era tan joven.

Me vuelvo y me dirijo a la puerta. Tengo que desaparecer de allí inmediatamente, entre otras cosas porque estoy empezando a temblar y no quiero dar muestras de debilidad justo en este momento. Pero al llegar a la puerta que da acceso a la antesala, me detengo y contemplo el suelo. Hay algo que deseo saber.

Muevo los ojos hacia ella, que continúa sin cambiar de posición, incapaz de mirar el cuerpo inerte manchado de sangre que cuelga de la elegante silla con cojín azul, con la cena ya fría y la sidra olvidadas sobre la mesa. Parpadeo un par de veces, pensando si será buena idea lo que quiero hacer, y al final le pregunto:

—¿Cómo se llama?

María me mira. Yo tengo mis ojos clavados en el bebé. Ella seguramente desea por todos los medios que me esfume de una vez, que deje de torturarla, que la abandone sola en compañía de su agonía. Pero cruzo mi vista con la de ella. Y puede ver que no es una simple curiosidad por mi parte el preguntar el nombre del niño.

Se da cuenta de algo tan cierto como horrible: tiene que estarme agradecida. Yo he sido quien ha desvelado la verdad sobre el asqueroso pedófilo con el que estaba casada, he sido el que a cumplido su venganza, y ahora cae en la cuenta de que todo lo que he hecho esa noche ha sido por el bebé. Él ha sido la estrella que me ha guiado, en busca de justicia y castigo para los malvados. Si no hubiera habido ningún niño pequeño involucrado personalmente en la familia, yo tal vez no me habría molestado tanto en hacerle ver a la esposa la cruda realidad. El pequeño ha sido quien lo ha desencadenado todo. Es el que nos ha unido a su madre y a mi.

Ella me comprende, y yo a ella. Ella puede ver todo por lo que he pasado, y que el odio y la venganza han estado presentes en mi vida desde el comienzo, y yo puedo ver la angustia por la que está pasando en estos momentos, el deseo de desentendimiento y olvido que hierve en su interior, el odio que siente hacia mí, hacia su marido y hacia sí misma (muy parecido al que siento yo hacia mí persona). Hemos conectado más de lo que jamás habría sido posible, aunque haya sido simplemente por el deseo de venganza. El niño ha sido quien lo ha hecho. Por eso necesito saber su nombre, para que, cuando yo desaparezca para siempre de sus vidas, continúe en el rincón más recóndito de mi memoria.

—Samuel —me dice ella, sin temblarle la voz—. Samuel.

Yo repito el nombre en voz baja, mirándolo. El pequeño Sam sigue dormido en brazos de su madre, sintiendo como el calor de ella pasa a través del pecho con el que ha sido amamantado, notando como late el bondadoso corazón roto por completo por la cruel verdad a la que ha sido sometida. Me quedo anonadado con la vista clavada en él, agradeciendo en mi interior que el niño sea tan joven, que su madre no se vea obligada a tener que confesarle algún día quien era en realidad su padre, qué fue lo que le pasó de pequeño. Es un alivio.

Tengo que irme. Estoy cansándome de estar parado como un idiota, con una mano apoyada en el marco de la puerta que da acceso a la entrada. Miro a María por última vez, contemplo la belleza que jamás seré capaz de olvidar, la rabia de madre que fluye en su interior, y el amor que ha manifestado hacia su retoño. Nunca volveré a verla en persona, pero su rostro se quedará grabado en mi memoria mientras viva. Miro al suelo y por medio de un suspiro, hablo en el mismo tono que ha hablado el finado justo antes de su muerte.

–Lo siento.

Me acerco a la puerta de salida, la abro y me marchó por siempre de aquel lugar, cerrándola con cuidado. El ascensor continúa en el piso veintiuno, y doy gracias por ello porque no deseo esperar ni un minuto más en esa planta. Aprieto el botón de llamada y las puertas metálicas se abren al instante. Entro y acciono el botón de la planta baja, que se ilumina con una luz naranja. Las puertas se cierran y el ascensor baja.

Esta vez no cuento los pisos uno a uno, ya no me importa. La cabeza me da vueltas, el pecho me sube y baja con brusquedad, y las manos me tiemblan cuando me quito los guantes y me los guardo en el bolsillo exterior derecho de la gabardina. Miro el reloj. Las veintiuna cincuenta y cinco, casi cincuenta y seis. Resulta increíble que solo haya tardado cinco minutos. El tiempo dentro de esa casa se me ha hecho eterno. Seguramente alguna pareja que esté descubriendo las delicias del sexo esos cinco minutos se le haya hecho rapidísimos. Estoy agotado.

El ascensor se acerca a la primera planta. Es rápido. Esta vez ya no oigo la música que escuchaba hace cinco minutos, la melodía que me recordaba mi infancia en la maldita isla. Todos mis recuerdos parecen haber desaparecido de mi memoria, todo lo que viví como infante se ha esfumado de mi cerebro. Únicamente soy capaz de pensar en lo que ha ocurrido esa noche de Navidad, en la vida que he eliminado, y en los hermosos cabellos rubios del pequeño Samuel.

Las puertas de seguridad se abren y yo salgo como una exhalación, ansioso por desaparecer de una maldita vez de aquel lugar. Empujo el portón de salida a la calle con el hombro. Es una suerte que no haya portero, ya que se podría haber extrañado de mi comportamiento y la rapidez de mi visita al edificio. Bajo las pocas escaleras que hay sobre la acera y recibo el gélido viento en la cara y la fría nieve de invierno en el pelo. Las nubes impiden ver las estrellas. Me paro a tomar aire un segundo y alzo el rostro. Siento los copos posarse en mis pálidas facciones, enfriando mis mejillas y mi nariz. Deseo en ese momento desaparecer por siempre, no volver a ser yo mismo, ser cualquier otra persona o ser del que soy, incluso morir, para nunca más pensar ni recordar.

Por la calle caminan peatones abrigados hasta el cuello y con plena tranquilidad. Algunos portan regalos, otros hablan por los teléfonos móviles con sus seres amados, incluso algunas parejas se cogen de las manos y se

manifiestan su amor abiertamente. Piensan que la Navidad es una época perfecta para transmitir toda la felicidad de sus corazones y repartir parte de su alegría interior. Tienen suerte, jamás sabrán qué ocurrió en el hogar del que acabo de salir, nunca conocerán la desesperación que se ha vivido allí dentro.

Cruzo la calzada sin mirar a los lados. Aparcado justo delante de mí hay un Toyota Corolla de color negro como mi corazón, con una fina capa de nieve sobre el capó y las lunas. Me acerco y abro la puerta del piloto. Me siento y cierro la puerta de un golpe, cortando el frío que se adhiere a mis huesos. Las llaves están debajo del asiento. Nunca pongo el seguro ya que nunca tengo la certeza de que todos mis trabajos acaben con la misma tranquilidad como éste, y no sé si tendré que salir corriendo y escapar de cientos de policías. Aunque supongo que debería preocuparme mi costumbre, porque algún desalmado podría robármelo con toda la naturalidad. Imagino que un ladrón de coches tiene menos delito que un asesino despiadado.

Me recuesto y apoyo la nuca sobre la cabecera. En el asiento de al lado hay un paquete de Winston. Estiro la mano y saco un cigarrillo. Presiono el mechero del coche y mientras espero saco el teléfono móvil del bolsillo izquierdo, lo desbloqueo y marco un número que me aprendí nada más leerlo.

Me pongo el teléfono en la oreja y el pitillo en la boca, saboreando su áspero pero cálido sabor a nicotina. Al primer pitido contesta una voz masculina en la que se perciben notas de ansia.

–¿Y bien?

Yo cierro los ojos como si mi interlocutor me pudiese ver, y contesto abatido:

–Está hecho.

Puedo oír su resoplido de alivio, e imaginarme su expresión de triunfo y alegría. Y siento como el odio fluye a través de mí.

–¿Cuál ha sido su reacción? –me pregunta el hombre al otro lado de la línea. La crueldad que manifiesta se hace evidente en su pasividad al hablar de un asesinato pagado por él.

–Ella me ha dado su permiso. Ha llorado como imagino que nunca lo ha hecho, pero me ha dado su consentimiento. Tenías razón.

Mi oyente se ríe a carcajadas y oigo una palmada de éxito.

–Muchas gracias –me dice lleno de gozo–. Encontrarás la otra mitad de lo acordado en tu habitación del hotel. Y no te preocupes, me he asegurado de borrar todo rastro que nos pueda enlazar a ti y a mí, y desde luego que nos pueda vincular con esa familia. A partir de ahora el resto es mío. Tú simplemente asegúrate de desaparecer durante un tiempo, hasta que se calmen las cosas, para mayor facilidad.

El mechero del coche se levanta de un golpe. Lo cojo y me enciendo el cigarrillo con cuidado, aspirando el asqueroso pero reconfortante humo y notando como se introduce en mis pulmones y me acorta la vida. Ojalá me diese un infarto en ese momento.

–Carl –murmuro dejando el mechero en su sitio y sujetando el cigarro con los dedos índice y pulgar–, ¿puedo preguntarte algo?

–Claro –afirma él, controlando su júbilo.

La pregunta que tengo en mente me lleva rondando desde que él me ofreció este trabajo. Una pregunta que tal vez debería haber hecho desde el principio, pero que no consideré necesario. Ahora, sin embargo, después de descubrir lo que me importa María, debo conocer la respuesta.

–¿Estás seguro de poder hacerla feliz?

Silencio al otro lado de la línea. Carl es capaz de percibir la gravedad de mi voz, puede ver mi expresión de angustiada serenidad. Por eso decide ponerse serio y contestarme con toda la sinceridad que le es posible.

–Llevo seis años trabajando con Roger –me explica bien alto para asegurarse de que no se me escapa nada de lo que me dice–. Bueno, llevaba más bien. Siempre lo había odiado. Sus éxitos tanto en los negocios como en la vida social. Odiaba su inteligencia y su suficiencia. No sé si alguna vez él me consideró su amigo, porque yo intenté ser el suyo, pero fracasé. No me era posible ser su compañero, su camarada. Siempre estaría un paso por detrás de él.

Doy otra calada al cigarrillo, escuchando atentamente. Debería bajar la ventanilla, pero prefiero que el pestilente humo me envuelva y se introduzca por todos mis poros.

–¿Pero quieres saber qué es lo que más odiaba de él? –continúa él, con un deje de rabia en su voz–. Que se casase con María. ¿Alguna vez has estado enamorado, Stuart?

–Una vez –le respondo yo con la esperanza de que la conversación no se encamine en la dirección de mis sentimientos ni mi historia.

–Entonces sabrás lo que sentía yo siempre que pensaba o veía a María. Habría dado cualquier cosa por ella, habría sufrido y me habría humillado si ella me lo hubiese pedido. Y habría encontrado el mayor gozo en mi vida si ella me hubiese elegido a mí. Le dije mil veces que la quería, pero ella sólo tenía ojos para Roger, el capullo de Roger. Imagina cómo me sentía yo cada vez que ella hablaba de él.

Yo permanezco en silencio, sin ganas de imaginarme nada.

–Siempre aborrecí el día que se casaron, al igual que estuve a punto de suicidarme el día que nació el bebé. Pensaba que jamás podría estar con ella, que ella jamás se fijaría en mí. Mi vida había terminado. ¿Pero qué ocurrió?

Yo ya sé la respuesta, pero prefiero que él se desahogue.

–Descubrí la oscura afición de Roger. Ya te lo conté. Descubrí que debajo de su asquerosa carcasa de hombre perfecto se escondía el mayor hijo de puta que se pueda encontrar. Inmediatamente pensé en contárselo todo a María y que ese cabrón pagase por sus pecados.

–Pero preferiste que ella tuviese que elegir entre si dejarlo con vida o matarlo –concluyo yo echando humo mientras hablo, con los ojos comenzando a enrojecerse–. Para que ella se quede destrozada por la pena y tú puedas ir a por ella con la máscara del consuelo.

–No me hables con ese descaro, Stuart –me ordena enojado–. Roger era un asqueroso pedófilo que debía ser ejecutado. Yo soy una persona respetable, humilde y jamás se me ocurriría hacer algo tan monstruoso. ¿Con quién crees que ella estará mejor? Me preguntabas que si yo seré capaz de hacerla feliz, ¿no? ¡Pues tú mismo estás viendo la respuesta! –su voz se exalta de súbito, como si estuviera alentándose a sí mismo con su tono–. María ha quedado destrozada como bien has dicho, ¿cierto? ¡Pues ahora va a descubrir la completa felicidad! ¡Yo voy a estar siempre a su lado, voy a cuidar de su hijo como nunca lo hizo su padre! ¡La colmaré de regalos y placeres, la haré sentir como ningún hombre, y mucho menos ese gilipollas la hizo sentir en su vida! ¿Que he sido cruel por haberlo matado? ¡Puede que sí, pero era la mejor solución para todos! ¿No lo ves? ¡Ahora todos seremos felices!

Yo no hablo. Sigo fumando con algo más de rapidez, pues sus gritos me han agitado. Tengo ganas irrefrenables de gritarle también, pero estoy cansado.

–¡Además, tú no tienes nada que objetar ni echarme en cara! –me espeta él, continuando con su discurso–. ¡Te recuerdo que me has salido bastante caro! ¡Y he tenido que remover cielo y tierra para que toda esta jodida operación no salga a la luz por ningún lado! ¡Y recuerda que en todo esto tú has sido únicamente una herramienta, alguien que actuaba a través de mí! ¡No tienes nada que decir! ¡He hecho algo bueno y punto! ¿Está claro?

Se calma. Yo también. Abro el cenicero que se encuentra debajo de la radio y echo allí las cenizas que cuelgan de la punta del cigarro. Bajo la vista mientras dirijo mi dedo pulgar hacia el botón de fin de llamada del teléfono.

–Voy a decirte una última cosa –digo con sosiego–. Puede que tú pienses que has hecho una buena obra. Pero has actuado con crueldad. Lo que tienes que hacer es preguntarte, como lo estoy haciendo yo, quién ha sido el que más o el que menos maldad ha demostrado con sus actos. Si Berlton por hacerle eso a los niños y a su propio hijo, si tú por ordenar su muerte sólo para quedarte con su mujer, si yo por matarlo y luego desentenderme por completo del asunto... o María por darme su consentimiento para acabar con él.

Él no responde.

–Ella no se merecía conocer la verdad ni encontrarse frente a esa decisión. Pero quiero que conste que no he aceptado el trabajo por ella, ni por ti, vengativo asqueroso. Ni siquiera por castigar al cabrón de Berlton. Todo esto lo he hecho por el bebé. Por el pequeño Samuel. Él ha sido la única víctima y el único inocente de esta locura.

Cuelgo el teléfono y lo tiro con violencia sobre el asiento del copiloto. El humo me mareo. Me inclino y meto la mano debajo de mi silla para coger las llaves. Cuando me incorporo empiezo a llorar. No es un lamento descontrolado que me hace golpear las paredes y arañar el volante. Son sólo un par de lágrimas que caen desde mis ojos, recorren mis mejillas y se quedan goteando en mi mentón. Lágrimas de triste aceptación, de pesimismo calado dentro de mis huesos, un sentimiento que me quita todo tipo de esperanza, de pensamiento alegre u optimista.

Hago contacto con la llave y arranco el motor. Pongo las luces de posición y las de corto alcance, y conecto los limpiaparabrisas para que formen dos bonitos arcos sobre el cristal delantero, permitiéndome ver el final de la carretera que tengo que alcanzar para marcharme de ese barrio. Bajo la ventanilla izquierda para tirar el cigarrillo, a pesar de estar a la mitad, tras una última y nauseabunda calada.

De forma automática, meto la primera marcha tras pisar el pedal de embrague, y quito el freno de mano. El motor ruge a medida que levanto el pie izquierdo y aplasto el acelerador. El coche se mueve, y me incorporo a la poca circulación de la calzada tras señalar a la izquierda. Siempre me ha gustado respetar todas las normas de tráfico, entre otras cosas porque son las únicas que me quedan, tras haber aplastado las civiles, las religiosas y las morales.

Y me marchó. Me voy conduciendo tranquilamente, como si no hubiese pasado nada. Y en el edificio del que acabo de salir, en la planta 21, puerta C, una mujer abraza a su hijo con fuerza, ignorando por completo el cadáver del hombre que una vez amó, y que ahora se mantendrá por siempre vivo en su conciencia. Un hombre que tanto ella como yo sabemos, por mucho que haya sido yo el que sujetaba el arma, ha matado con toda la rabia de su ser.

Boini